

EDUCACION POR LA HISTORIA

Tengo aquí, á la vista, el último libro de Ricardo Rojas, «La restauración nacionalista. Informe sobre Educación»; siento necesidad íntima de hablar sobre él, ó mejor dicho, de hablar sobre los problemas que suscita y sobre la manera de suscitarlos, y no sé, ciertamente, por dónde empezar. ¡Son tantas las cosas que este libro contiene y de tanto alcance todas ellas! Veamos, sin embargo.

El presidente de esa República Argentina comisionó á Rojas para que estudiase el régimen de los estudios de historia en Europa, y de esta comisión ha salido el libro.

Debo empezar por declarar que mi gusto por la historia es muy tardío; me ha ido entrando con los años. Siendo yo mozo tenía una decidida afición por los estudios filosóficos y por la literatura, pero la historia me hastiaba. Y me hastiaba sin haberla realmente probado. Abrigaba en contra de ella todas las prevenciones que han abrigado otros muchos, entre ellos Schopenhauer. Creía con éste que la historia nos enseña á conocer más bien á los hombres que no al hombre; nos da noticias em-

píricas respecto á la conducta de los unos para con los otros, más bien que una visión de su esencia, y que quien ha leído á Heródoto no tiene mucho más que aprender de la historia. La historia nos muestra más bien sucesos que no hechos: tal era mi noción.

Leía, sin embargo, á los historiadores artistas, y sobre todo, á los que nos presentan retratos de personajes. Me han interesado siempre las almas humanas individuales mucho más que las instituciones sociales. Un historiador como Oliveira Martins, verbigracia, gran pintor de almas, ó como Carlyle—á quien he traducido—, me encantan.

Empecé después á comprender que la historia nos da materiales para eso que se llama la sociología, pero á esta tan decantada y asendereada sociología le tengo una fuerte manía. Apenas hay para mí cosa más insoportable que los libros llamados de sociología, conjunto de perogrulladas y vaciedades, mezcladas con síntesis fantásticas por lo general. Me figuro que dentro de medio siglo caerá sobre esta flamante sociología un descrédito tan grande como el que hoy pesa sobre la filosofía de la historia desde hace medio siglo.

Se me hacían y siguen todavía haciéndoseme insoportables esos eruditos de historia á que Rojas se refiere en la nota de la página 25 de su obra, eruditos que se limitan á publicar textos, ateniéndose á la letra y fingiendo desdeñar la imaginación, ya que no les ha sido concedida. Esta pedantería vino, como otras muchas pedanterías, de Alemania.

Pero según he ido entrando en años, y eso que no soy viejo, he ido poco á poco aficionándome á la historia, y ahora los libros históricos forman una buena parte de los que leo. Son los que mejor me hacen matar el tiempo. Si son buenos, quiero decir, artísticos, los prefiero con mucho á las novelas. Las obras históricas de Taine, de Michelet, de Saint-Beuve (su «Port-Royal»), de De Barante, de Gastón Boissier, para no atenerme ahora más que á los franceses, me resultan mucho más entretenidas que cualquier novelista de los suyos, y no digo de Zola, porque las novelas de éste tienen mucho más de historia mala que de novela buena.

Y he comprendido por fin cuán profunda verdad encierra la sentencia, expresada también por Rojas, de que la historia es educativa, no instructiva. «Decir que no pueden extraerse de ella principios permanentes de conducta — escribe Rojas —, es sólo decir que la historia no es la moral.»

Y como Rojas parece que se preocupa, con excelente acuerdo, de la educación cívica más bien que de la instrucción técnica de su pueblo, de ahí que exalte la importancia de la enseñanza adecuada de la historia.

Mi joven amigo, ese tan hondo y tan noble y tan penetrante patriota argentino, me parece que ve en esto muy claro. Conozco hombres nada escasos de instrucción técnica—que es la que da dinero—en el ramo á que profesionalmente se dedican y aun en otros y los conozco también que no carecen de una cierta ilustración general, principalmente literaria y de las novedades en moda, que

les permite hacer regular papel en sociedad, pero faltos unos y otros de sólida educación humana, de íntima religiosidad de la vida, de elevadoras preocupaciones. Son gentes, como Rojas dice de las nuevas generaciones argentinas, de un innoble materialismo que les lleva á confundir el progreso con la civilización. Yo diría más bien con la cultura. Y sin esa nueva idea—como dice muy bien mi noble amigo, vuestro gran patriota—«no conseguiremos ni fundar una patria ni servir con nuevos dones á la humanidad».

¿Cómo no he de aplaudir estas predicaciones idealistas de Rojas yo, que apenas hago aquí otra cosa que predicar idealismos?

¿Y cómo no he de aplaudir su nacionalismo yo que como él, he hecho cien veces notar todo lo que de egoísta hay en el humanitarismo? He de repetir una vez más lo que ya he escrito varias veces, y es que cuanto más de su tiempo y de su país es uno más es de los tiempos y de los países todos y que el llamado cosmopolitismo es lo que más se opone á la verdadera universalidad.

El tan decantado cosmopolitismo bonaerense creo sea el mayor obstáculo para la universalización de la patria argentina, para que ésta llegue á cumplir una misión en la historia humana. No me parece que se deban tomar muy á la letra las palabras de Sarmiento en su discurso de la bandera.

Los verdaderos y buenos patriotas se entienden mejor á través de sus respectivas patrias que no los antipatriotas, los humanitaristas de una humanidad abstracta y utópica. Así Rojas y yo, él ra-

dicalmente argentino y radicalmente aspañol yo, nos etendemos muy bien.

He aquí unas palabras de él, de Rojas, que hago mías: «El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disociación de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoleedor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla—cuanto define la época actual—comprueban la necesidad de una reacción poderosa en favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles».

¡Bien, amigo Rojas, bien, muy bien! Y si la ironía canalla se ceba en usted, como alguna vez se ha cebado en mí, y en una ú otra forma le llaman macaneador, lírico ó cristo, mejor para usted. No haga caso á la envilecida malicia metropolitana. Aspiremos á que se nos pongan bajo «el divino nombre de Quijote». Bien, muy bien, amigo Rojas, y firme y duro en la pelea, que siempre se gana.

No pocos de esos males que Rojas señala en las páginas 88 y 89, de su obra, los padecemos también por acá, donde no hace menos falta que ahí una restauración nacionalista. Los destrozos de

toda clase de anarquismo—y el peor es el de los poderosos y bien acomodados, que rechazan el nombre, pero abrigan la cosa—han sido y siguen siendo aquí enormes. Aquí, como allí, una literatura plebeya y una filosofía egoísta, que disimulaba bajo manto de filantropía su regresión hacia los instintos más oscuros, ha causado algún daño, en estos últimos tiempos, á la idea de patriotismo; aquí, como allí, el innoble veneno, profusamente difundido en libros baratos por ávidos editores, ha contaminado á las turbas ignoras y á la «adolescencia impresionable». Tiene mucha razón Rojas al decir que «ha sido una de las aberraciones democráticas de nuestro tiempo y de nuestro país, que la obra de alta y peligrosa filosofía circulase en volúmenes económicos, más asequible que el libro nacional ó que los Manuales de escuela».

¡Cuánto no vengo yo predicando contra esas malas bibliotecas baratas, de obras mutiladas y pésimamente traducidas, que aquí explotó sobre todo un ávido editor no español y creo que de ninguna otra patria tampoco! Pobres obreros, que ignoran los rudimentos de las ciencias, que desconocen el teorema de Pitágoras y la ley de la caída de los graves, que no distinguen los pistilos de los estambres, ni el páncreas del bazo, y se meten á leer libros, no de ciencia, sino de pseudo-filosofía pseudo-científica, en que se nos afirma muy seriamente que ya no hay en el Universo enigmas, ni misterios, ni alma, ni patria, ni Dios.

Sí, tiene razón Rojas; «se hace necesario pro-

clamar de nuevo la afirmación de los viejos ideales románticos y decir que «en las condiciones actuales de la vida esa fórmula contraria á la patria implica sustituir el grupo humano concreto por una humanidad en abstracto, que no se sabría cómo servir». Y véase lo que son las cosas; el más conspicuo y saliente de los ácratas ó anarquistas españoles no hace todavía muchos años, anda haciendo ahora de... catalanista! Después de haber combatido las patrias todas en nombre de la humanidad, se entretiene ahora en trazar ridículos y desatinados paralelos entre los castellanos y los catalanes. Y he conocido otros anarquistas así, llenos de prejuicios localistas y de campanario.

Hay en la pintura que Rojas traza del estado actual de su patria una observación en que me he detenido, porque responde á una de mis más arraigadas preocupaciones, y es donde dice que falta á los argentinos aquella aptitud metafísica que salvó del desastre á los alemanes.

Sin entrar á tratar ahora si fué ó no la aptitud metafísica lo que á los alemanes calvara, aunque conforme en el fondo de ello con Rojas, sí he de hacer notar que siempre me ha llamado la atención el desvío, disgusto ó poca aptitud, no ya sólo de los argentinos, sino de los hispano-americanos todos, para con los estudios metafísicos y genuinamente filosóficos. La filosofía que por ahí priva suele ser una filosofía dilettantesca, con más de literatura que de filosofía, ó una cierta pseudo-filosofía científicista y no científica. Se conoce

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

mejor á Spencer que á Stuart Mill, y se lee más á Nietzsche que á Kant ó á Hegel. Y así sucede que un hombre como el doctor Carlos Vaz Ferreira, el profesor de Filosofía de Montevideo, uno de los hombres de pensamiento filosófico más penetrante, hondo y robusto que yo conozca, apenas tenga el prestigio y predicamento que merece, mientras privan otras elucubraciones más agradables tal vez, más amenas ó más brillantes, pero en exceso literarias y vagas.

Y me he preguntado muchas veces si esa falta de aptitud metafísica de que nos habla Rojas no tendrá una cierta relación con el escaso interés que me parece despiertan ahí los eternos problemas religiosos, el de la finalidad última del universo, el de la persistencia de la conciencia, el de la inmortalidad del alma, el de la comprensión de Dios.

Por mi parte, no acierto á explicarme un sólido patriotismo sin una cierta base religiosa. Claro está que no quiero decir precisamente base dogmática de una iglesia determinada, sino que no me explico una patria que sea tal, un pueblo que tenga un cierto vislumbre de su misión y papel en el mundo no siendo que su conciencia colectiva responda, aunque sea por manera oscura, á los grandes y eternos problemas humanos de nuestra finalidad última y nuestro destino. Lo que da más fuerza al ardiente y místico patriotismo de un Mazzini, pongo por caso, es su fuerte base religiosa. El problema religioso fué el que más le preocupó siempre.

No digo yo que este problema no preocupe ahí á nadie. Precisamente estos días he estado repasando las obras de Francisco Bilbao, el chileno, el entusiasta de Lammenais y de Edgardo Quinet, y en él se ve bien clara la preocupación religiosa. Ni creo tampoco que sea tan aislado el caso del sacerdote peruano Vigil. Pero se me antoja que todo esto es por ahí mucho más raro que en estos pueblos europeos. Así como se me antoja también que alcanza ahí mucha más extensión que aquí lo de confundir el progreso con la civilización—según la fórmula de Rojas—y un cierto supuesto positivismo práctico, á base de científicismo barato y de última edición popular, que cree pisar en firme terreno de realidades concretas. Un estudio del pensamiento del gran Sarmiento nos ilustraría mucho á este respecto.

Y he ahí otra razón por qué me parece laudable y fecunda la labor por Rojas emprendida. El patriotismo de éste tiene una cierta exaltación, aunque serena y contenida, y á las veces frisa con una especie de religión de la patria. Descansa en cimientito de fe. Se ve en él un constante anhelo de dar á conciencia la americanidad—permitidme esta palabra, que no equivale á americanismo, voz que lleva esa fea coleta del ismo—un esfuerzo por hacerla consciente.

Toda su labor conspira á eso, á fundar la verdadera y durable independencia de su pueblo, la independencia espiritual. Independencia relativa, claro está, ya que en rigor no hay nadie independiente. Todos vivimos dependiendo los unos de

los otros; he aquí un incontrovertible lugar común. Pero llamamos independiente á aquel que se apropia y asimila lo que los otros le dan, que lo toma como alimento que en propia sustancia y á imagen y semejanza de ella, lo elabora. Y es un pueblo espiritualmente independiente el que crece orgánicamente, por asimilación de materia, y no mecánicamente por yuxtaposición de ella.

Con las ideas ocurre como con los hombres, y es que así como un país puede crecer por inmigración de gentes, poco orgánicamente, por aporte de elementos extraños que no se asimila del todo, así un espíritu con las ideas. Y así también un espíritu colectivo. El que la Argentina, ponga por caso, no acabe de asimilarse todas esas «colonias» que acuden á explotarla, no me parece que es mal mayor que el mal de que el espíritu colectivo de su clase ilustrada no acabe tampoco de asimilarse las colonias de ideas—algunas de desecho—que acuden ahí. Me parece que dice muy bien Rojas al decir: «Vivimos á la espera del barco de ultramar, que antes venía cada tres meses con noticias de Cádiz, y que ahora llega cada día con noticias de Francia ó de Inglaterra».

Y Rojas ha tomado el problema por donde debe tomársele, por la enseñanza pública. Quiere que las escuelas sean nacionales, propias, y que en ellas se fragüe la «argentinidad» espiritual. Mas como esta voz es de mi cosecha, y aun me queda no poco que decir, lo dejaré para otro artículo.

SOBRE LA ARGENTINIDAD

En mi correspondencia anterior, primera de las que dedico al libro de Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, libro henchido de sugestiones, usé de dos palabras que ignoro si han sido ó no usadas ya, pero que ciertamente no corren mucho. Son las palabras americanidad y argentinidad. Ya otras veces he usado la de españolidad y la de hispanidad. Y los italianos emplean bastante la voz «italianitá».

Fué leyendo al gran historiador y psicólogo portugués Oliveira Martins como me hirió la imaginación la voz «hombridade» que aplican á los castellanos. Tenemos, es cierto, la voz hombría en el giro «hombría de bien», pero hombridad me pareció un hallazgo. No es lo mismo que humanidad, voz que siendo de origen erudito, se halla estropeada por aplicaciones pedantescas y sectarias. Y no es tampoco uno de esos terribles terminachos en ismo, tal como humanismo, terminachos que huelen á secta y á doctrina abstracta. Hombridad es la cualidad de ser hombre, de ser hombre entero y verdadero, de ser todo un hom-

bre. Decir, pues, de uno que tiene hombridad, equivale á decir de él que es todo un hombre. ¡Y son tan pocos los hombres de quienes pueda decirse que sean todo un hombre!

Al hablar, pues, de americanidad ó de argentinidad, quiero hablar de aquellas cualidades espirituales, de aquella fisonomía moral—mental, ética, estética y religiosa—que hace al americano americano y al argentino argentino. Y si no me engaño, á eso tiende la labor de Rojas, á sacar á flor de conciencia colectiva la argentinidad para que se robustezca y defina y acreciente al aire de la vida civil y de la historia.

Rojas, continuador de la obra de los Sarmiento, Alberdi, Mitre y otros grandes conductores de su pueblo, cita aquellas palabras del primero de éstos: «¿Somos nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo bueno es darse cuenta de ello.»

Y aquí un alto.

Es fácil que alguno de mis lectores criollos, sobre todo alguno de los que estén tocados de la «ironía canalla» de que Rojas nos habla, imaginándose que estoy macaneando me interrumpa por lo bajo, diciéndome: «Pero, ¿y á usted quién le da vela en este entierro?» ó en el giro correspondiente que ahí se use. A usted—se dirá—¿qué le va ni le viene en este pleito? Voy á ello.

Aquí podría yo, en propia apología, presentar los memoriales que me acreditan como uno de los pocos, de los poquísimos europeos que se han in-

teresado por el conocimiento de las cosas de América, y algunos de esos memoriales podría sacarlos de la obra misma de Rojas, que me sirve de tema para estos mis actuales comentarios.

Tiene mucha razón Rojas cuando acusa á los europeos de poca curiosidad cosmopolita, y cuando, no sin cierto dejo de modestia, se queja de que por acá, por Europa, hay gentes que pasan por cultas, que apenas si saben hacia dónde cae Buenos Aires. Esto es muy cierto, y es tanto más cierto cuanto el país europeo sea más adelantado.

Puede asegurarse que en ciertos respectos el máximo de ignorancia alcanzan las clases medias, la burguesía de la cultura en París, Londres y Berlín. La insipiencia del parisiense de buena cepa, respecto á lo que pasa más allá de Batignolles, es proverbial. Lo reconocen ellos mismos y hasta se jactan de semejante cosa.

Creo ser una excepción á esta incuriosidad europea. No sólo me han interesado y me interesan las cosas de toda América, sino que soy una de las excepciones á la profunda ignorancia que aquí reina respecto á la historia, literatura y arte de Portugal. Esta mi incurable plurilateralidad de atención, este espíritu curioso por todo lo que en todas partes pasa, me llevó á aprender danés—ó noruego, que es lo mismo,—para poder leer sobre todo á un hombre, á Kierkegaard, y he estado á punto de aprender rumano para leer á otro. Y de cada país me interesan los que más del país son, los más castizos, los más propios, los menos traducidos y menos traducibles.

Hay, por ejemplo, poetas ingleses que han llegado á hacerse poetas cosmopolitas por así decirlo, á quienes se traduce é imita, tal, en primer lugar, lord Byron. Y con él, aunque menos, se habla de Shelley y de Tennyson, y de otros. Pero yo prefiero á los más indígenas, á los más propios, á los de más anglicanidad. Debo confesar que una de las cosas que más me llevó á engolfarme en Wordsworth es el que apenas se le cite fuera de Inglaterra, y sobre todo, el que los franceses que conocen literatura inglesa, sientan un cierto desvío hacia él. Y me recrea Browning, á pesar de sus oscuridades.

Y así de los escritores y pensadores argentinos he buscado, no á esos sociólogos traducidos, ó á esos poetas en un tiempo modernistas, y hoy no sé qué, que me dicen mejor ó peor — generalmente peor, — lo mismo que estoy harto de oír aquí, sino á aquellos más de la tierra, más verdaderamente nativos, pero nativos de verdad, y no tampoco por moda de criollismo literario y macaneante, á aquellos que me revelan la argentinidad latente. Y he aquí por qué he sido tan devoto lector y tan entusiasta panegirista de Sarmiento. Sin mucha eficacia aquí.

Sin mucha eficacia, repito. A raíz de una conferencia que dí en el Ateneo de Madrid, y en que hablé como suelo siempre hacerlo del gran Sarmiento, surgió entre algunos jóvenes ateneístas la idea de dirigir á la Junta de aquel Centro de cultura una instancia pidiendo que adquiriera para su biblioteca las obras de aquél. Y no debieron de

haberse adquirido, por cuanto al ir á dar uno ó dos años después otra conferencia en aquel mismo Centro Rojas, tuvo que procurarse el *Fecundo*, los *Recuerdos de provincia* y los *Viajes* de mi librería particular, pues en Madrid no pudo obtenerlos. Hace pocos días ha pronunciado un discurso en ese mismo Centro Belisario Roldán: ha sido estrechamente aplaudido, y la prensa toda se ha deshecho en elogios á su elocuencia. En ese discurso habló de Sarmiento, según mis noticias, con la conmovida devoción con que debe hablar todo argentino de aquel genio á quien tantas veces se le trató de loco en vida por la ironía canalla. Pues bien, os aseguro que no ha conseguido Roldán el que uno solo de sus oyentes se haya decidido á pedir una siquiera de las obras de Sarmiento.

Además — y vaya esto por vía de digresión, — es tan difícil encontrar aquí libros americanos... Y la gente que no se molesta. Por recomendación mía ha habido quienes han buscado en las librerías de Madrid las *Conferencias y discursos* del gran poeta-orador Zorrilla de San Martín y el libro *Ideas y observaciones* del gran pensador y pedagogo Vaz Ferreira, orientales ambos, y al no encontrarlos, no han hecho gestión alguna ulterior para procurárselos.

Ahora sí, parece como que aquí escritores, políticos, literatos y artistas agitan un poco más eso de la fraternidad hispano-americana y hablan de la comunidad de raza, pero no les hagáis caso. Conozco á mi gente. En el fondo se trata de egoísmos mercantiles. Dicen que ahí hay campo; dicen

que tal ó cual se ha traído tantos y cuantos miles de pesos; dicen que nuestros dramaturgos y saineteros empiezan á cobrar trimestres de América; dicen que ese tiene que ser nuestro mercado de libros; dicen que lo que importa es calzarse alguna corresponsalia en un diario americano, que son los que pagan. Y de todo eso de la confraternidad la mitad es macaneo.

Y esto os lo digo yo, yo que por lo que hace á mi pluma, vivo más de la América que de España, y os lo digo con este noble cinismo y con esta que dicen mi displicencia, que me ha rodeado de una protectora muralla de antipatía; os lo digo yo, el egotista según los otros. Y os lo digo porque estoy harto de farsas ahí, aquí y en todas partes.

Y volviendo á mi tema — si es que le tengo y no es esto una sarta de reflexiones sin cuerda,— os diré que la argentinidad me interesa porque mi batalla es que cada cual, hombre ó pueblo, sea él y no otro, y me interesa además como español recalcitrante y preocupado de mantener aquí la españolidad.

Al final del informe que me pidió Rojas y que en su obra inserta, informe en que hacía yo constar que ahí, en la Argentina, empiezan á dar fruto gérmenes que siendo muy castizos y peculiares nuestros, aquí se han malogrado, y en que decía como estoy convencido de que cuando se quiera ver la historia argentina en argentino, en nativo, se acabará por verla en español; al final de este informe escribe Rojas: «Cree el señor Unamuno que cuando los argentinos veamos nuestra propia historia

en argentino, concluiremos por verla en español, y yo creo que cuando los españoles la vean con esa clarividencia, terminarán por verla en argentino, coincidiendo unos y otros en sus apreciaciones.» Conformés de toda conformidad.

Y he aquí por qué me parece muy bien cuanto Rojas escribe respecto á las colonias, como me pareció muy bien lo que respecto á ellas escribió «Abul-Bagi».

Lo que Rojas escribe sobre la pedagogía de las estatuas es acertadísimo. Es verdad, las estatuas de Garibaldi y de Mazzini—y lo mismo diría si se tratase de las de Castelar ó de Riego—parecen decir á sus paisanos: «no venís á una patria, sino á una colonia». (Son palabras de Rojas). Y luego tiene mucha razón al añadir que «en cuanto á Garibaldi y Mazzini, su significado es actual y político, grande dentro de Italia, pero fuera de Italia depresiva para nosotros, ó reducido á las proporciones de una época ó de un partido.» Y tiene razón, mucha razón, en decir que como testimonio de fraternidad correspondíale ese honor al Dante «símbolo de la Italia nueva y de la vieja y de la italianidad imperecedera.» Y todo lo que luego escribe Rojas sobre Garibaldi y sobre Mazzini—y cuenta que éste es uno de los hombres á quien más admiro—es de una gran justeza. Pero es que el Dante está por encima de los entusiasmos sectarios; es que el Dante fué católico, en el más noble, más alto, más imperecedero y más hondo sentido de la catolicidad. Fué católico y gibelino.

¿Y nosotros, los españoles? Como homenaje de

fraternidad debería bastarnos con la estatua de Cervantes, el creador de *El Quijote*, que es tan americano como español. Y luego, con que se cumpliera el voto de Rojas de que sobre el pedestal en que hoy se alza ahí Mazzini se alzase Juan de Garay, ¿para qué queríamos más? Porque Garay, que fué español y muy español, doblemente español por ser de sangre vasca, no es de colonia, sino que es el nexo entre la españolidad y la argentinidad, que en su fondo primitivo ha brotado de aquélla.

Todo cuanto Rojas escribe de la necesidad de argentinizar á la Argentina frente á las colonias es de una justicia evidente. Yo lo traduzco á nuestro problema español y veo su justicia. Las palabras del inspector general don Victor M. Molina dirigidas al ministro Wilde, y que en la página 317 de su obra reproduce, son acertadísimas.

Y muy bien, muy bien, muy bien, lo que sobre la limitación de la libertad de enseñanza en provecho de los altos intereses patrios escribe. Es también aquí mi batalla; es mi constante predicación. Y creo haber contribuído no poco á una cierta reacción en sentido estadista, de suprema imposición del Estado, que aquí entre los liberales empieza á notarse, á una reacción en favor del Estado docente.

Aquí, aunque mucho menos que en la Argentina, dada nuestra mayor homogeneidad, también es la escuela privada factor de disolución nacional, en cuanto lo es de fanatismo, sea católico, sea laico.

La restauración nacionalista con que Rojas sue-

ña, como toda restauración nacional—y aquí la nuestra, la española, tan amenazada por lo torcidamente que se entiende eso de la europeización—, tiene que empezar por la escuela, la escuela debe ser ahí la cuna de la argentinidad, como la escuela debe aquí ser la cuna de la españolidad.

Y en la argentinidad es donde tiene que buscar la Argentina su universalidad. «No olvidemos—escribe Rojas—que si el país ha abierto sus puertas al extranjero, ha sido por un doble movimiento de patriotismo y de solidaridad humana: necesitábamos crear económicamente la nacionalidad cuya conciencia ya existía en tiempos de la Constituyente y entregar, en generosa compensación, la tierra virgen al trabajo humano. Pero nosotros no abrimos las puertas de la nación al italiano, al francés, al inglés en su condición de italiano, de francés, de inglés; se las abrimos en calidad de «hombre» simplemente. Cuando ese hombre que invoca sentimientos de solidaridad humana al llamar á nuestras puertas, conviértese, después de haber entrado, en campeón de sus prejuicios políticos de italiano, de francés ó de inglés, ese hombre traiciona nuestra hospitalidad.» Esto está muy bien, muy bien, muy bien. Y nótese que lo que moralmente no le es lícito, ni al italiano, ni al francés, ni al inglés, ni al español, es convertirse ahí en campeón de los prejuicios políticos de su país, no de su italianidad, galicanidad, anglicanidad ó españolidad en lo que éstas tienen de eternas, de culturales y no de políticas. El fuerte contingente

italiano de la República Argentina ha podido y debido llevar algo de la italianidad eterna á la argentinidad, pero habrá de llevarlo en argentino. En argentino, tanto en lengua como en espíritu.

Aun quedan en las obras de Rojas otros puntos que merecen ser dilucidados, como es el referente al estudio de la lengua y de su gramática. Pero éste merece capítulo aparte.

UN FILÓSOFO DEL SENTIDO COMUN

Entre los libros que formaban la modestísima, pero no mal escogida biblioteca de mi padre, estaban las obras de Jaime Balmes, el centenario de cuyo nacimiento se celebrará dentro de pocos días en su pueblo nativo, Vich. Y siendo yo un mozo, á mis catorce años, cuando estudiaba en el Instituto de este mi Bilbao la asignatura de psicología, lógica y ética, dediqué no pocas horas á la lectura y estudio del publicista catalán. No puedo, pues, negar que Balmes contribuyera tanto ó más que otro cualquiera á despertar mi curiosidad filosófica.

Cierto es que no cabe formarse una regular idea de lo que fueron los portentosos sistemas de Kant, Hegel, Fichte, Schelling, etc., por lo que de ellos nos dice Balmes en su *Filosofía fundamental*. Balmes no los comprendió, ni podía en rigor comprenderlos. Pero á través de sus pálidas traducciones, deformadas casi siempre, se adivina el original. ¡Qué de vueltas no les di yo en aquellos mis años juveniles á las para mí entonces misteriosas fórmulas de Fichte, $A = A$ y $yo = yo$! Mi pobre